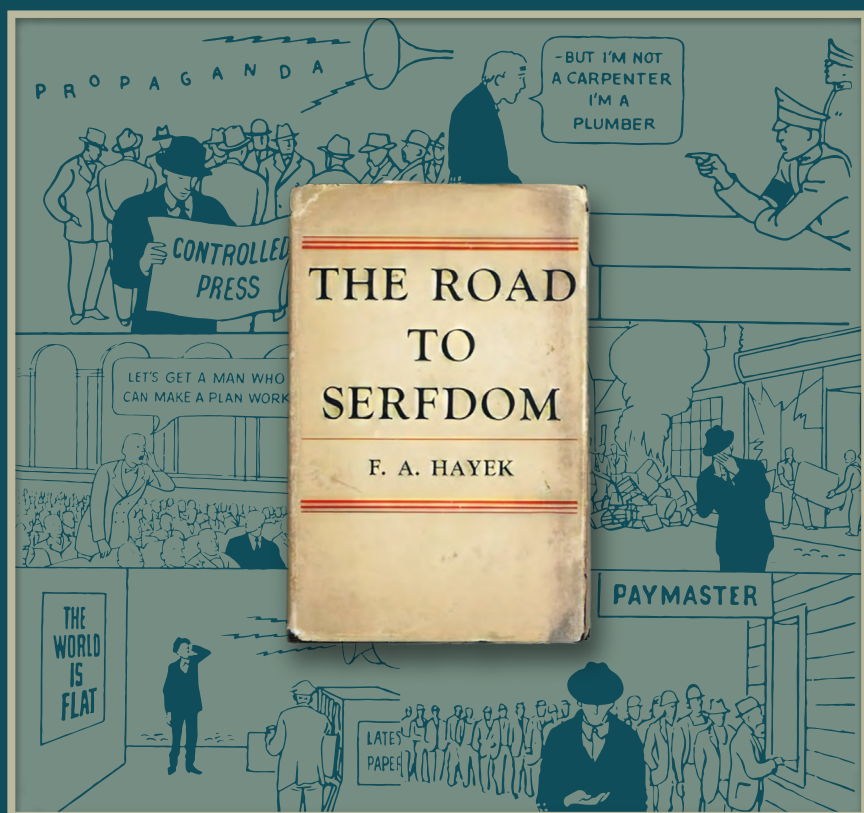


80 años
de “Camino de servidumbre”

IDEAS



XX

Por P.C. González Cuevas, K. Mariani, E. F. Luiña,
A. Benegas Lynch (H), A. Chafuén y G. J. Zanotti

La Fundación Disenso no comparte necesariamente las opiniones vertidas por autores y colaboradores en sus publicaciones.

ÍNDICE

FRIEDRICH AUGUST VON HAYEK: LOS OCHENTA AÑOS DE <i>CAMINO DE SERVIDUMBRE</i> PEDRO CARLOS GONZÁLEZ CUEVAS.....	4
UN ESOPHO MODERNO KARINA MARIANI.....	11
HAYEK Y EL VALOR DE LA TRADICIÓN EDUARDO FERNÁNDEZ LUIÑA.....	16
EN TORNO A <i>CAMINO DE SERVIDUMBRE</i> ALBERTO BENEGAS LYNCH (H).....	22
CAMINO DE SERVIDUMBRE, UNA INSPIRACIÓN EN EL CAMINO A LA LIBERTAD ALEJANDRO CHAFUEN	26
CAMINO DE SERVIDUMBRE: HAYEK SE QUEDÓ CORTO POR GABRIEL J. ZANOTTI	31



Friedrich von Hayek jugando consigo mismo al ajedrez en Cambridge durante la Segunda Guerra Mundial. Fuente: Sothebys.com

FRIEDRICH AUGUST VON HAYEK: LOS OCHENTA AÑOS DE CAMINO DE SERVIDUMBRE

Pedro Carlos González Cuevas

Historiador y profesor titular de Historia de las Ideas Políticas y de Historia del Pensamiento Español en la UNED. Autor de importantes obras como *Historia de la derecha española* (Madrid: Espasa, 2023) o *Maeztu. Biografía de un nacionalista español* (Madrid: Marcial Pons, 2003).

Se cumple este año el ochenta aniversario de la publicación de *Camino de servidumbre*, uno de los libros más significativos e influyentes del liberalismo político y económico del siglo XX, obra del economista, pensador político y filósofo Friedrich von Hayek. Su adscripción al liberalismo, como ya hemos señalado, es indudable. Sin embargo, como ha señalado el sociólogo italiano Carlo Gambescia, el liberalismo no es una doctrina política y/o económica unitaria, sino que se trata de una síntesis de tradiciones diversas, en ocasiones enfrentadas entre sí. Distingue Gambescia cuatro tradiciones liberales, que se diferencian por su diversidad en su relación con el Estado y la concepción de la sociedad: la microárquica, la anárquica, la macroárquica y la árquica. La primera estará representada por economistas como Carl Menger y Ludwig von Mises, en cuyas obras destaca la idea del “Estado mínimo” y la hipótesis de la identidad natural de los intereses guiados por la “mano invisible” del mercado. La segunda, cuyo teórico más influyente ha sido Murray Rothbard, rechaza la idea del “Estado mínimo”, que ha de ser sustituido por el libre ejercicio prepolítico de los derechos individuales. El representante político más caracterizado de esta tradición es hoy el argentino Javier Milei. La tercera tiene sus orígenes en las doctrinas utilitaristas de Jeremy Bentham y John Stuart Mill, que triunfa con las doctrinas económicas de John Maynard Keynes, con su defensa del intervencionismo estatal en la economía. Y la cuarta, que consiste en una síntesis de historicismo, liberalismo y realismo político, que puede verse en las obras de Alexis de Tocqueville, Vilfredo Pareto, Gaetano Mosca, Max Weber, Benedetto Croce, José Ortega y Gasset y Raymond Aron. Sin duda, Hayek pertenece a la tradición microárquica del liberalismo.

Friedrich August von Hayek nació en Viena el 8 de mayo de 1899. En la Universidad de Viena obtuvo el título de doctor en Derecho. Igualmente, estudió Ciencias Políticas. En un primer momento, sus ideas políticas eran próximas a un socialismo reformista. Sus intereses se fueron centrando en cuestiones económicas. En ese sentido, fue decisivo su encuentro con Ludwig von Mises, uno de los representantes de la *Escuela Austriaca de Economía*. Los conceptos fundamentales de esta tendencia son el *subjetivismo*, el *individualismo*, el *proceso de mercado* y la *capacidad empresarial*. El *subjetivismo* es la doctrina metodológica que considera que las ciencias sociales no se ocupan de hechos *objetivos o regulaciones rígidas*, sino de las acciones de los individuos sujetos a restricciones; por ejemplo, la escasez. El *individualismo metodológico* es la doctrina que sostiene que los procesos económicos sólo pueden ser entendidos en términos de acciones y voluntades individuales. Las proposiciones colectivas sobre “economía”, “estado” y “sociedad” sólo tiene sentido cuando se pueden

reducir a proposiciones sobre las motivaciones individuales. Con respecto al *proceso de mercado*, los austriacos no creen, frente a las teorías económicas neoclásicas, que el sistema de intercambios esté siempre en equilibrio. La teoría del equilibrio es estática; nunca explica cómo se produce la coordinación perfecta. En la teoría austriaca la coordinación tiene lugar porque el mecanismo de los precios está indicando constantemente la información acerca de las oportunidades de beneficio de los empresarios. En los procesos de mercado, el *empresario* tiene un papel crucial, ya que es su atención a las discrepancias de precios la que puede aprovecharse para obtener ganancias que empujan al mercado hacia el equilibrio. La capacidad de empresa no se define en términos de posesión de recursos, sino como un tipo de sensibilidad mental a posibles oportunidades económicas. Esto significa que en las economías realmente existentes siempre habrá beneficio empresarial, es decir, por encima de lo que se requiere para mantener un factor de producción en funcionamiento.

Hayek y Mises utilizaron algunos de estos planteamientos para refutar las demandas socialistas, como Oscar Lange, e intervencionistas a la hora de mejorar el mercado. El socialismo instaurado en Rusia tras la evolución bolchevique era necesariamente ineficaz y autodestructivo a nivel económico. Y es que, a su juicio, los gobiernos carecen del conocimiento suficiente como para reproducir el equilibrio perfecto de la teoría pura y que la marginación del empresario, y en consecuencia de los beneficios, significa que los administradores no tienen incentivos para realizar una eficiente asignación de recursos.

Una vez centrado en los asuntos económicos, Hayek adquirió una cierta reputación. Y, en 1931, fue invitado por Lionel Robbins a Londres. En un principio, tenía el encargo de impartir de una serie de conferencias en la London School of Economics, pero, finalmente, se estableció en Inglaterra. En 1938, adquirió la nacionalidad británica. Desde entonces, siempre se consideró “culturalmente británico”. De hecho, sus planteamientos políticos son, en buena medida, herederos de la Ilustración escocesa: Hume, Mandeville, Ferguson, Smith y Burke.

En ese nuevo contexto, Hayek destacó por su enfrentamiento intelectual no sólo con los socialistas y marxistas, sino sobre todo con John Maynard Keynes, el representante más carismático e influyente de la tradición macroárquica liberal. Hayek consideró la keynesiana *Teoría general del empleo, el interés y el dinero* una obra enormemente peligrosa para el porvenir de la sociedad liberal. En 1925, Keynes había hecho referencia al “*fin del laissez faire*”. Y es que estaba firmemente convencido de que el Estado

debía ejercer un mayor control sobre la economía, mientras que Hayek lo estaba de que el Estado debía intervenir lo menos posible en el mercado. Durante la mayor parte del siglo XX, el enfoque keynesiano prevaleció entre los políticos, los economistas y los intelectuales. Los primeros éxitos del socialismo revolucionario en la Unión Soviética, el ascenso del fascismo y el nacionalsocialismo en Europa y del New Deal en Estados Unidos, significaban una clara tendencia política y social hacia la planificación y el intervencionismo económico.

En 1944, como reacción a estas tendencias, Hayek publicó *Road to Serfdom* (*Camino de servidumbre*). El libro iba dedicado a “los socialistas de todos los partidos”. En sus páginas, defendió que en la planificación económica socialista se encontraba la causa última de las diversas formas de totalitarismo del siglo XX, unidas por una misma hostilidad hacia el mercado y por una misma voluntad de control estatal de la economía. Según Hayek, los fascistas y los nacionalsocialistas no habían tenido que inventar nada, porque su tradición estaba fijada por el socialismo. En suma, el totalitarismo era la antítesis de una sociedad libre, es decir, fundada en las libertades negativas y en las fuerzas impersonales del mercado. El socialismo era portador de una amenaza mortal no tanto para la democracia, sino, sobre todo, para las libertades negativas. Intervencionismo estatal en la economía, desarrollado en Europa después de 1918; partidos de masa, cuyo modelo era la socialdemocracia alemana; y antiindividualismo, socialista, comunista o nacionalista: he aquí las tendencias originarias, según Hayek, de los regímenes totalitarios del siglo XX. *Camino de servidumbre* teorizaba una concepción neoliberal –el mercado como fundamento armonioso y autosuficiente del orden social, la defensa de la propiedad, Gobierno de la Ley, etc.-, que Hayek desarrollaría en sus libros posteriores. Sin embargo, no se oponía a una cierta intervención del Estado, defendiendo “*la certidumbre de un mínimo dado de sostén para todos*”, es decir, un mínimo de alimentos, techo, vestidos suficientes para preservar la salud y la capacidad de trabajar, así como un seguro asistido por el Estado contra la enfermedad, los accidentes y los desastres naturales.

Camino de servidumbre fue todo un ejemplo de éxito editorial, sobre todo en Estados Unidos, donde se vendieron 350.000 ejemplares. Incluso se hicieron ediciones resumidas de la obra. En los círculos liberales y conservadores, se interpretó como un claro alegato contra Keynes y el New Deal. Sus planteamientos fueron bien recibidos por un socialista desengañado como George Orwell ya que demostraba que “*el colectivismo no era intrínsecamente democrático*”, aunque discrepaba de su defensa del libre mercado. La reacción de Keynes fue ambivalente. En una carta a Hayek,

se identificaba con su defensa de los valores liberales, pero rechazaba sus argumentos en contra de la planificación económica moderada, que él interpretaba como un camino intermedio entre el liberalismo clásico y el socialismo. Elogioso fue el comentario de Joseph Schumpeter en *Journal of Political Economy*. Años más tarde, Raymond Aron discrepó de Hayek, señalando que la democracia liberal era inseparable de un sistema económico mixto. La crítica más radical vino de la mano de Herman Finer, en su obra *The Road of Reaction*, publicada en 1945, para quien los planteamientos hayekianos significaban “*la ofensiva contra la democracia que jamás ha aparecido en un país democrático*”. Significativamente, en las elecciones de junio de 1945, Winston Churchill utilizó las críticas de Hayek al intervencionismo económico contra los laboristas de Clement Attlee. La derrota de los conservadores fue espectacular.

Tres años más tarde, en 1947, Hayek y otros treinta y ocho intelectuales adscritos a diversas ramas del conocimiento decidieron fundar la *Sociedad Mont Pèlerin*, cuyo objetivo era crear una asociación internacional de pensadores comprometidos en la defensa de los valores del liberalismo clásico. Hayek fue el principal inspirador de la iniciativa y, además, el primer presidente de la asociación. Entre sus miembros, se encontraron Milton Friedman, Bertrand de Jouvenel, Lionel Robbins, Karl Raimund Popper, Michael Polanyi y Ludwig von Mises.

En 1949, Hayek se trasladó a los Estados Unidos, donde se le ofreció un puesto de profesor de Ciencias Morales y Políticas en la Universidad de Chicago. Tres años después marchó a la Universidad de Friburgo. Entre 1969 y 1977, residió en Salzburgo.

Desde entonces, su labor se centró en la crítica del socialismo y la defensa del liberalismo clásico. Tal es el proyecto que subyace en sus obras más célebres: *Los fundamentos de la libertad*, *Derecho, legislación y libertad*, *La fatal arrogancia*, y *La contrarrevolución en la ciencia*. Su punto de partida es la crítica epistemológica a lo que él denomina *cientificismo* y *constructivismo*, cuyos antecedentes ideológicos y filosóficos se encuentran en Descartes, Bacon, Rousseau, Saint-Simon, Comte y Hegel. El *cientificismo* consiste en la falsa aplicación de los métodos de las ciencias naturales a las ciencias morales y sociales. Íntimamente ligado a esta perspectiva se encuentra el *racionalismo constructivista*, es decir, toda forma de pensamiento que considere que la razón puede llevar a edificar una sociedad nueva y mejor, creando de la nada sus instituciones o, lo que es lo mismo, despreciando las tradiciones y el aspecto evolutivo de las normas morales, del derecho, así como de las instituciones económicas fundamentales: el mercado y el

dinero. Los *constructivistas* consideran que las instituciones ya existentes son productos de la creación deliberada de alguien, por lo menos en todos los aspectos que racionalmente se consideran positivos. El *cientificismo* y el *constructivismo* son el origen de todos los modernos intentos de planificación, de control de la sociedad y, sobre todo, de la planificación económica. Y es que el enfoque científico y constructivista es inherentemente colectivista. Frente al *cientificismo* y al *constructivismo* Hayek cree que la base epistemológica de la sociedad liberal es el *racionalismo evolutivo*, cuya tesis central es que el orden social es espontáneo. A partir de esta perspectiva epistemológica e histórico-filosófica, Hayek realiza una defensa del gobierno estrictamente limitado, el mercado libre, el impersonal gobierno de la ley, al igual que del desarrollo social por medio del crecimiento espontáneo y no mediante la planificación consciente y la coerción.

¿Cuál ha sido la difusión del pensamiento *hayekiano* en España? Es preciso destacar que *Camino de servidumbre* fue traducida al español muy pronto, en 1946, por la editorial *Revista de Derecho Privado*. El libro fue comentado elogiosamente por el economista Valentín Andrés Álvarez. Invitado por el intelectual monárquico Rafael Calvo Serer, Hayek impartió una conferencia, en 1949, en la Universidad Menéndez Pelayo. Y la revista *Arbor* publicó su artículo “*El común influjo de Hegel y Comte sobre el pensamiento social*”, donde criticaba el “*constructivismo*” y el “*historicismo*”, fundamentos filosóficos del colectivismo contemporáneo. Calvo Serer utilizaría las ideas de Hayek y otros economistas liberales para criticar la autarquía y el intervencionismo económico.

La difusión de las ideas de la Escuela Austríaca corrió a cargo de la Fundación Ignacio Villalonga, a partir los años sesenta, con la *Biblioteca de Estudios Económicos*, que publicó las obras de Hayek, Von Mises, Ludwig Hazlitt, etc. Tras la muerte de Villalonga, en 1973, esta labor fue continuada por *Unión Editorial*, impulsada por los hermanos Joaquín y Luis Reig Albiol, bajo la dirección de Juan Marcos de la Fuente. *Unión Editorial* ha ido publicando paulatinamente las *Obras Completas* de Hayek. Entre sus seguidores españoles, hay que destacar a los economistas Lucas Beltrán, Pedro Schwartz, Jesús Huerta de Soto, Juan Ramón Rallo, Miguel Antxo Bastos, Daniel Lacalle, Lorenzo Bernaldo de Quirós, Francisco Cabrillo, José Tomás Raga Gil, etc. De la misma forma, sus planteamientos políticos y filosóficos han sido bien recibidos por pensadores como Gonzalo Fernández de la Mora y Dalmacio Negro Pavón.

Y es que el keynesianismo entró en una clara crisis epistemológica a partir de los años setenta, especialmente como consecuencia de la debacle

inflacionaria provocada por la subida de los precios del petróleo. Desde entonces, se interpretó que las preceptivas keynesianas no servían para evitar las crisis económicas, sino que tendían a provocarlas. A ello se unió, años después el hundimiento de los regímenes de socialismo real en la Europa del Este.

Tras un largo período de ostracismo intelectual, Hayek recibió, en 1974, el Premio Nobel de Economía. Sus ideas políticas y económicas disfrutaron a partir de esa fecha de una gran influencia, sobre todo en la experiencia chilena, y en los gobiernos presididos por Margaret Thatcher en Inglaterra, y de Ronald Reagan en Estados Unidos. En 1991 recibió la *Medal of Freedom*, a instancias del entonces presidente norteamericano George Bush. Hayek falleció en Friburgo el 23 de marzo 1992.

Sin duda, Friedrich Hayek ha sido uno de los grandes pensadores del siglo XX. Sus ideas permanecen, en gran medida, vigentes en amplios sectores de la política, la economía y la intelectualidad occidental, aunque hoy el orden neoliberal esté más cuestionado que hace veinte años. Pero a esta conclusión abierta y optimista no se llega con la cejjijunta y embobada beatería tan al uso, sino con la ayuda de ese soberano principio vital de la inteligencia que, además, libra al elogio de cualquier bochornosa apariencia de lisonja: el espíritu crítico.



Miembros de la Sociedad Mont Pélerin en su primera reunión en 1947. Fuente: Meer.com

UN ESOPHO MODERNO

Karina Mariani

Licenciada en Ciencias de la Comunicación por la Universidad de Buenos Aires. Periodista especializada en comunicación política, colaboradora en medios como La Gaceta de la Iberosfera y directora editorial de Faroargentino.com.

En 1944 Friedrich August von Hayek lanzó una simple y a la vez terrible sentencia: el mundo libre avanzaba por un camino de servidumbre, un camino sembrado por “*las mejores intenciones*”. Decidió llamar así a su libro, *Camino de Servidumbre (The Road to Serfdom)* y en él compilaba las razones de su advertencia, las cuales expuso también de una forma simple, escalonada, sin innecesarias complejidades. De haber nacido Hayek unos siglos antes el libro podría haber sido, perfectamente, una fábula; uno de aquellos relatos didácticos entrañables, con animalitos parlantes cuyas aventuras constituían una crítica de los vicios y culminaban con una llana y contundente moraleja.

Como un moderno Esopo, Hayek se propuso mostrar paso a paso, como las sociedades llegaban a trocar su libertad a cambio de comodidad, simple.

No se trataba de un razonamiento nuevo en él, llevaba años masticando el mismo tema, sobre el que ya Alexis de Tocqueville había prevenido un siglo atrás, abrumado por esta tendencia, alojada en el seno de la democracia. Hayek argumentó que la planificación económica, y las ideologías que la promovían, era un pernicioso experimento que atacaba a la creación de riqueza y a la prosperidad, y con éxito asoció esta práctica a la pérdida de la libertad. Argumentó que, en la dinámica intervencionista requerida para que el universo de las interacciones económicas dependiera de un órgano planificador, la libertad se pierde gradualmente.

Usaba afirmaciones sencillas, como que ninguna institución social podía conocer o respetar los millones de motivaciones, deseos y decisiones que podrían tomar los individuos dentro de un espacio de intercambio, ese temido y denostado *Mercado*, y que, por tanto, el objetivo de centralizar era en sí mismo ineficiente. A esto agregaba que una intervención conduce siempre, de forma necesaria, a otra, ya que todas las actividades estaban interconectadas obligando al planificador a extender su control ante la imposibilidad de detenerse justo donde lo desea. Así, la suma de consecuencias volvía a cada intervención más coercitiva, distorsionando cada vez de forma más autoritaria, la voluntad de los individuos, lo que tarde o temprano llevaba a la esclavitud.

Luego Hayek continuaba con otra idea sencilla: en una sociedad planificada, la posición del individuo queda finalmente determinada por el poder coercitivo del Estado, por lo tanto, el control de ese Estado se convertirá en el principal objetivo. Respaldado por una utopía: en la búsqueda del bien colectivo, el planificador determinaría qué metas se persiguen y a través de qué medios se justificarían los fines seleccionados. Quienes no coincidieran con esos fines elegidos por el planificador se sentirían excluidos y, de forma eventual, serían perseguidos. El Estado planificador estaría siempre obligado a impedir que los individuos utilicen sus propios medios para satisfacer sus propios fines, considerando que el deseo u objetivo del planificador es en realidad el "*fin colectivo*" que está por encima del individual.

Si bien la tesis del libro es clara, de fácil comprensión, y su publicación fue un éxito en cuanto a ventas y a difusión, su moraleja ha sido, por desgracia, olvidada y desde entonces el valor de la "*libertad*" se ha corrompido y esta degradación ha corrido en paralelo al incremento del poder del Estado. Es cierto que ya no hay un imperio basado en la planificación económica central, pero la idea de los tiranos respecto de que el Estado tiene fines superiores a los del individuo y que quien está en el poder determina la economía y está a cargo de resolver la vida de las personas, se volvió universal.

Justamente en “*Camino de Servidumbre*”, Hayek acusó a los colectivistas de pervertir los conceptos de democracia y libertad para convertirlos en significantes vacíos, y nada resulta más palpable en la actualidad al verlos en las plataformas políticas más intervencionistas y en las proclamas de los movimientos feministas, indigenistas o etnicistas. Allí, la supremacía del “*colectivo*” sobre la voluntad individual es la norma y como nunca en el siglo XXI han proliferado como hongos los “*movimientos*” políticos e intelectuales que aceptan esta premisa como un dogma de fe. Pero esta tendencia no tendría asidero si no existiera en la población un lacerante conformismo, “*élan vital*” de las identidades grupales. La principal paradoja de nuestros días es que la planificación central es despreciada donde realmente se implantó, pero sigue viva en Occidente. Las mismas justificaciones teóricas e ideológicas que llevaron a Hayek a publicar su libro se encuentran más vivas que nunca en el debate político casi un siglo después.

Casi no existen opciones políticas que no quieran utilizar al gobierno para intervenir en la vida de las personas. Y esto es a escala mundial. Incluso cuando alguna opción “*alternativa*” llega al poder, la seducción por la ingeniería social termina hipnotizando a sus miembros. Occidente ha convertido al Estado de Bienestar en un dios imbatible y multipropósito capaz de intervenir en el gerenciamiento de la menstruación, el uso del automóvil, la calefacción del hogar, el lugar del salero en el restaurante, los sentimientos, la reescritura de la historia, las leyes de la biología, el veneno para las hormigas, la educación de los hijos, los nombres de los quesos, la voluntad de estar saludable, la moral pública, los chismes que contamos por WhatsApp, el sol que tomamos, a quién dejamos nuestros bienes cuando morimos, y, en breve, intervendrá en cuándo y dónde morimos.

Hayek se caería redondo si viera la infinita lista de cosas y de acciones que el Estado subsidia, incentiva, llena de impuestos, otorga a modo de cupos y licencias, prohíbe y los recónditos lugares de la vida privada que inspecciona. Y no sólo los Estados nacionales, las asociaciones de Estados promueven la cartelización de los impuestos, un ingreso básico universal, un sólo sistema de salud y tratados universales para regular la forma de producir alimentos o energía y de atender las migraciones. Bajo la premisa de las “*metas colectivas*” y en función de los acuerdos establecidos por las “*corporaciones de Estados*” se promueven industrias que deben protegerse, ecosistemas que deben usurparse, secretos que deben castigarse. Todo un desarrollo de una nueva religión universal redactada por planificadores que hasta se atreven a poner fechas para sus metas, 2030 por ejemplo, a pesar de haber fracasado en todas y cada una de sus planificaciones anteriores, hecho que demuestra la tesis central del libro.

Para lograr estos propósitos el poder debe crear una dialéctica, una narrativa que explique relaciones causales entre el miedo, el dolor o la injusticia y sus circunstancias. Estas relaciones no tienen que ser ciertas. Uno de los males que Hayek desgrana en *“Camino de Servidumbre”* es el que describe *“El fin de la verdad”* y es uno de los que explica mejor nuestra actualidad. El planificador debe convencernos de que sus objetivos son los buenos y que, por tanto, todo sacrificio personal queda justificado. La justificación implica el diseño de una nueva moral, instrumental a los fines del gobierno, y por tanto los valores y las verdades deberán subsumirse a ellos. La *“verdad”* se convierte en lo establecido por la autoridad, azote que la humanidad experimentó recientemente durante el bienio covidico. La *“verdad”* es un dogma en el que hay que creer en pos del esfuerzo colectivo. En consecuencia, la planificación de la *“verdad”* necesitará castigar el disenso, y esto no es exclusivo de los regímenes autoritarios, sino que campa a sus anchas en las democracias en donde se fomenta la cancelación, la censura, el control de la expresión y de la prensa, siempre bajo la excusa del bien colectivo. El diseño de esta dialéctica y la aceptación del paternalismo estatal constituyen una corriente cívica de aceptación del rol del gobierno para guiar nuestra vida.

Hayek demuestra que, tanto en la Unión Soviética como en la Alemania nazi, el gobierno fue presentado como la fuente de la *“verdad”*. La interrelación y concurrencia entre las ideologías nazi y socialista es lo que más ampollas ha levantado desde que se publicó el libro, tal vez porque la demostración de la familiaridad ideológica es una verdad incómoda negada hasta hoy. *“Pocos están dispuestos a reconocer que el ascenso del fascismo y el nazismo no fue una reacción contra las tendencias socialistas del período anterior, sino un resultado necesario de esas tendencias”*, sostuvo Hayek sin medias tintas al evidenciar que la popularidad que la planificación centralizada gubernamental tenía en el seno del nazismo hundía sus raíces intelectuales en el socialismo. De hecho, muchos precursores del nazismo procedían de allí y ambas ideologías compartían un profundo desprecio por el liberalismo. El filósofo nazi Moeller van den Bruck, a quien Hayek describe como *“el santo patrón del nacional-socialismo”*, pensaba que los liberales eran la causa de todos los males y celebraba que *“Todas las fuerzas antiliberales se están combinando contra todo lo que es liberal”*, tal como lo cita Hayek en el libro.

Hayek ofrece una advertencia contra los resultados políticos de las acciones afirmativas que, con el artificio de brindar a las personas seguridad, creaban una cultura de aversión al riesgo.

Una sociedad que anhela seguridad y custodia, que desea que el poder la proteja de la adversidad o el riesgo, cede necesariamente su libertad y responsabilidad con la excusa reiterada del miedo o de la necesidad. Esto no es posible sin el paso anterior de la narrativa que deposita en el planificador una sabiduría superior respecto de lo que es bueno y moral y la consecuencia es que los gobiernos exigirán a cambio lealtad ideológica y sumisión. En el siglo XXI, más que en ningún otro momento de la historia, ni en los más violentos y opresivos, se ha abrazado tanto la idea de que el rol del gobierno es proteger a las personas de la incertidumbre de la vida. Esta cesión de libertad y responsabilidad al gobierno es trágica y casi irreversible, y en estas estamos hoy, 80 años después de que *Camino de Servidumbre* viera la luz por primera vez. Occidente sacrificó esa libertad por la que derramó la sangre de millones de sus ciudadanos para elegir, por su exclusiva voluntad, que el gobierno “*nos cuide*”.

Lo que hizo del libro de Hayek una pieza única fue el hecho de clarificar con tanta contundencia el proceso por el cual una sociedad se encamina hacia la servidumbre sin que medien, de forma obligatoria, intenciones maliciosas por parte de quienes buscan el poder, sino como el resultado natural de reemplazar los millones de deseos y acciones de los individuos por un proyecto político. La prosperidad de la que disfrutamos es el frágil producto de esos millones de deseos y acciones libres, si muere la libertad, muere la prosperidad, no hay vueltas. Sus enseñanzas y moralejas, tan simples y olvidadas, nos permitirían hoy en día aplastar a los ridículos planificadores que hablan de reseteos, como si la sociedad dependiera de un botón de inicio. Las circunstancias han cambiado desde la Segunda Guerra Mundial, pero el patrón es el mismo.

Pero si, como en este proyecto de la Fundación Disenso, surgen muchas iniciativas de rescatar “*Camino de Servidumbre*”, quizás no todo esté perdido. Justamente en 1977, Tom Hazlett realizó una famosa entrevista a Hayek, al final de la cual le preguntaba: “*¿Es usted optimista respecto del futuro de la libertad?*” y Hayek contestó: “*Sí. Un optimismo calificado. Pienso que hay una reversión intelectual en marcha, y hay una buena posibilidad de que llegue a tiempo, antes de que el movimiento en la dirección opuesta se vuelva irreversible. Soy más optimista de lo que era hace 20 años, cuando casi todos los líderes de opinión deseaban moverse en la dirección socialista. Esto ha cambiado sobre todo en la generación más joven. Por lo tanto, si el cambio se da a tiempo, todavía hay esperanza.*”



F. A. von Hayek junto al presidente de los Estados Unidos, Ronald Reagan, en el Despacho Oval de la Casa Blanca en 1983. Fuente: Sotherbys.com

HAYEK Y EL VALOR DE LA TRADICIÓN

Eduardo Fernández Luiña

Doctor en Ciencia Política por la Universidad de Santiago de Compostela y profesor en la Universidad Francisco Marroquín. Experto en *Public choice theory* y autor de numerosos artículos académicos y publicaciones especializadas.

Friedrich August von Hayek es uno de los grandes representantes de la Escuela Austriaca de Economía. Este año 2024 es muy especial, pues a lo largo del mismo celebramos dos eventos relevantes en la vida de este economista, abogado y politólogo. En primer lugar, la publicación de su bomba intelectual, *Camino de Servidumbre*, en el mes de marzo de 1944. También, la recepción del premio Nobel de Economía, en diciembre de 1974.

Hayek fue un intelectual que disfrutó de una larga carrera como profesor universitario y que pudo ver impresas sus ideas en publicaciones monumentales -y no tan monumentales- de elevado impacto social y político. Durante sus años docentes, Hayek pasó por universidades de reconocido prestigio como la Universidad de Viena, la *London School of Economics and Political Science*, centro del que fue el primer profesor extranjero, la Universidad de Chicago y la Universidad de Friburgo. El viaje universitario de Friedrich August von Hayek esconde un periplo de carácter intelectual. Durante el camino, se produce la conversión del prometedor economista, de finales de la década de los veinte, en un científico social pleno, comprometido con disciplinas como la Filosofía Moral, el Derecho, la Ciencia Política o la Ciencia de la Administración Pública. De hecho, cuando observamos sus primeras publicaciones es evidente su preocupación por las cuestiones económicas. En esta primera fase destacan *Precios y producción* (1931), *Moneda y teoría del comercio* (1933) o el artículo *Un enfoque no keynesiano de la inversión* (1939). Estos escritos presentan al académico preocupado y ocupado con el problema del conocimiento en la economía y con la teoría del ciclo.

Pero todo autor es hijo de su tiempo y Hayek no es una excepción. Durante los últimos días de la década de los treinta, y sobre todo durante la década de los cuarenta, el futuro premio Nobel observó el ascenso del totalitarismo y el daño que los socialistas de todos los partidos podían provocar (y de hecho provocaron) a la estructura de Derechos y libertades de las personas. *Camino de Servidumbre* marcó un antes y un después en la vida de este autor. Es sabido que Hayek tomó el título de Alexis de Tocqueville y de la expresión “*road to servitude*”, utilizada en el primer tomo de *La Democracia en América*. Lo anterior lo reconoció el propio Hayek en una entrevista con Leo Rosten publicada en el año 1978. Como ya hemos señalado, a partir de 1944, la obra de Hayek transitó por senderos asociados a la Psicología (*El orden sensorial: Investigaciones sobre los fundamentos de la Teoría del Conocimiento*, publicado en el año 1952), a la Filosofía de la Ciencia (*La contrarrevolución de la Ciencia: Estudios selectos sobre la tradición y el cambio científico*, también publicado en el año 1952) y sobre todo a la Ciencia Política y el Derecho. En 1960 vio la luz *Los fundamentos de la Libertad* y durante la década de los setenta se hicieron realidad los tres volúmenes que dieron forma a *Derecho, Legislación y Libertad* (publicados en 1973, 1976 y 1979).

El primer Hayek fue económico; el segundo, se encontró más familiarizado con las Ciencias Sociales *in extenso*. Y esta transición coincidió parcialmente con su ingreso en el año 1950 en la Universidad de Chicago.

¿Por qué el viaje? ¿Por qué este cambio en la línea de investigación? Técnicamente, y desde un punto de vista estrictamente austriaco, Hayek no modificó su línea de investigación. Su comprensión de las Ciencias Sociales era amplia y no vio las distintas subdisciplinas como cajones estancos. Su objetivo, independiente del tema que tocara, era conocer, reflexionar sobre los fundamentos de la acción humana. ¿Cómo se origina la misma? ¿Qué elementos la determinan? ¿Por qué la libertad importa en dicho proceso? Siendo consciente de la complejidad de la misión, Friedrich August von Hayek desarrolló un trabajo multidisciplinar que como hemos podido ver, favoreció la inmersión intelectual del autor en un gran número de campos.

Las conclusiones a las que arribó, resultado de su esfuerzo intelectual, dieron forma a la doctrina liberal imperante en la segunda mitad del siglo XX. Los elementos centrales de su visión, que coincidieron de forma parcial con los aportes realizados por otros brillantes economistas de la Escuela Austriaca, pueden ser resumidos en los siguientes elementos:

- Individualismo metodológico y su utilidad como herramienta a la hora de entender e interpretar la acción humana.
- La naturaleza dispersa y descentralizada del conocimiento.
- La imposibilidad del cálculo económico en el socialismo, debido precisamente a lo anterior (imposibilidad para concentrar y centralizar conocimiento).
- El orden espontáneo y su relevancia en el desarrollo de instituciones entendidas como normas y pautas de conducta que limitan la interacción entre personas. Orden espontáneo como un orden resultado de la acción humana, pero no del diseño humano.
- La importancia del mercado como proceso de cooperación y del sistema de precios (teoría de señales) como herramienta productora de información.
- La evolución como proceso que explica a lo largo de la Historia el cambio institucional que sufren distintas civilizaciones. Se trata de un proceso de adaptación resultado de la prueba y el error.

Pero, además de estas cuestiones y como complemento a lo anterior, Hayek fue consciente de los límites de la razón y del valor que la tradición tenía

en el desarrollo de una sociedad de personas libres y responsables. Esto, el aprecio que nuestro autor mostró a lo largo de su vida por la tradición, se puso en duda gracias a uno de sus ensayos/capítulos más famosos. Hablamos de *Por qué no soy conservador*. Dicho ensayo, que cerraba *Los fundamentos de la libertad*, invitaba a ser críticos con el conservadurismo. Hayek censuró la resistencia al cambio que los conservadores han mostrado a lo largo de la Historia, reprobó la ausencia de objetivos que presenta la mentalidad conservadora, reprochó el apoyo que muchas veces estos han dado a regímenes autoritarios y rechazó la resistencia ante el proceso de mercado, resultado de asociaciones libres y voluntarias.

Estando de acuerdo con algunos de los argumentos y siendo conscientes del valor de su análisis, Hayek incurrió en una contradicción al desarrollar una crítica tan dura. ¿Por qué? En líneas generales, porque son muchos los pasajes de su obra en los cuáles el autor apelaba al valor de la tradición, a la necesidad de conservar aquello que nos ha hecho libres y a proteger eso -el valor de la libertad- que se está perdiendo fruto de la acción de “progresistas” y socialistas. La primera parte de *Los Fundamentos de la Libertad* es compatible con una mentalidad conservadora. También, mucho de lo que se afirmaba en los tres volúmenes de *Derecho, Legislación y Libertad*. Si consideramos que el conservadurismo no es una doctrina, tampoco una ideología, podemos reconocer, sin temor a equivocarnos, que existe una compatibilidad evidente entre liberalismo y conservadurismo. La obra de Friedrich A. von Hayek es, en esencia, buena muestra de ello. De hecho y a nivel político, nuestro autor defendió activamente a gobiernos como los encabezados por Margaret Thatcher o Ronald Reagan, ambos con una marcada identidad conservadora.

Además de la defensa de la tradición, existen varios elementos que vinculan a Hayek con la mentalidad conservadora. Por un lado, su desconfianza en la razón (esta tiene límites y puede ser fatal y arrogante); por otro, y algo sobre lo que ya hemos hablado, su teoría alrededor del conocimiento. Son estas cuestiones las que favorecen la buena relación que Hayek tiene con el conocimiento tácito y con la tradición entendida como saber acumulado a lo largo de la historia por parte de una determinada comunidad. Apelar a la tradición parece no sólo un refugio frente al poder del Estado, sino una medida de sentido común con objeto de proteger la Libertad frente a los ingenieros sociales que desean planificar nuestra vida de la cuna a la tumba.

Para Friedrich August von Hayek, la Libertad resulta de un proceso evolutivo, de un compromiso de infinidad de generaciones que siendo conscientes

de que nada -sobre todo la libertad-es gratis, han contribuido a la mejora de determinados arreglos institucionales con objeto de dividir el poder y proteger la estructura de Derechos de la población. Debemos escapar a toda costa de la dinámica constructivista, del racionalismo “*fatal arrogante*”. La tradición tiene valor *per se* porque contribuye al desarrollo de ese proceso de prueba y error, porque mejora nuestra gestión descentralizada del conocimiento.

En estos tiempos de incertidumbre y decadencia, parece necesario poner nuevamente en valor las ideas de Friedrich August von Hayek. Su compromiso con la civilización occidental y sus tradiciones, su desconfianza en relación al constructivismo social y su ferviente confianza en los mecanismos civilizadores del mercado pueden aportar soluciones a la crisis ética y moral que en este momento sufren las sociedades occidentales.



F. A. von Hayek durante la recepción de su Premio Nobel de Economía en 1974. Fuente: Sothebys.com

EN TORNO A CAMINO DE SERVIDUMBRE

Alberto Benegas Lynch (h)

Doctor en Economía (UCA) y Doctor en Ciencias de Dirección (UADE), profesor titular en UCEMA y miembro de las Academias Nacionales argentinas de Ciencias Económicas, de Ciencias Morales y Políticas y de Ciencias donde preside la Sección Ciencias Económicas.

En el título de esta nota periodística se consigna el primer libro de Friedrich Hayek considerado como una obra de divulgación que se apartaba de sus trabajos académicos que había publicado hasta ese momento. Primero comenzó como un texto dirigido al director de la London School of Economics en 1931, que luego amplió de forma considerable y publicó como un libro el 10 de marzo de 1944 por la Universidad de Chicago Press, después de haber pasado por otras tres editoriales que rechazaron el escrito y rodeado de comentarios desfavorables, incluso por parte de pensadores como Isaiah Berlin, que lo consideró “horrible”.

Es un libro que, al final, ha tenido amplia repercusión con varias ediciones, que contiene temas de gran interés que pueden resumirse en una formidable advertencia y es el no dejarse estar y estudiar y argumentar a favor de la sociedad libre a contracorriente de las marcadas tendencias de la época, representadas por pesadas telarañas mentales imbuidas de estatismo, expresadas en especial por el marxismo, el nacionalsocialismo, el fascismo y el estatismo en general, aunque después -igual que Revel en *La gran mascarada*- consideraba estas variantes todas hijas del espíritu totalitario.

El libro está dedicado “*A todos los socialistas de los diversos partidos*” y consta de quince capítulos y una corta conclusión donde reflexiona sobre temas cruciales de aquella época que, por desgracia, aun se arrastran en la nuestra. Abre el primer capítulo con un primer epígrafe de David Hume, quien consigna que “*Es raro que una libertad, cualquiera que sea, se pierda de una vez*” para ilustrar el proceso de corrosión en el que se va perdiendo noción de la relevancia de valores básicos para entregarse a las fauces del Leviatán. Nos dice que “*Aunque algunos de los mejores pensadores del siglo XIX, como De Tocqueville y Lord Acton, nos advirtieron que socialismo significa esclavitud, hemos marchado constantemente en la dirección del socialismo*”.

Se detiene a explicar el significado del Estado de Derecho, la democracia, el individualismo y su contracara, el colectivismo, la igualdad ante la ley y la institución de la propiedad privada en el contexto del abuso de la expresión “*libertad*” sin asignarle sustancia alguna donde más bien se consolidan autores como Hegel, Marx, List y Schmoller.

En esta línea argumental destaca los problemas que provoca el positivismo legal por el que se desestiman los mojones y puntos de referencia extramuros de la norma positiva desconociendo que “*El Estado de Derecho implica, pues, un límite al terreno de la legislación*”. Sostiene que no se entiende que la columna vertebral de la democracia estriba en el respeto y garantía a los derechos de las personas y no circunscribirla al mero recuento de votos. Que el individualismo considera prioritarios los derechos de las personas al efecto de usar y disponer de lo propio como cada cual lo estima conveniente en un marco de competencia. En este sentido, apoyado en citas de Max Eastman, desarrolla la trascendencia de la propiedad como institución clave para que se expresen los precios, que son los únicos indicadores para conocer donde invertir y donde hacerlo a los efectos de aprovechar los siempre escasos recursos frente a necesidades ilimitadas, lo cual permite el mejor nivel de vida posible. El colectivismo no solo desdibuja y destruye los referidos indicadores, sino que conduce a lo que posteriormente se conoció en ciencia política como “*la tragedia de los comunes*”, esto es lo que es de todos no es de nadie por lo que inexorablemente se despilfarran factores de producción.

Asimismo, argumenta que la igualdad ante la ley es la única igualdad que tiene sentido en una sociedad libre pues lo que el que esto escribe ha denominado “*la guillotina horizontal*” bloquea incentivos para el progreso donde los empresarios exitosos necesariamente satisfacen demandas ajenas e invierten, con lo que posibilitan mayores ingresos y salarios en términos reales y, por otra parte, los que yerran en los gustos y preferencias de su prójimo disminuyen sus ganancias o incurren el quebrantos. También debe subrayarse que la referida igualdad ante la ley es inseparable de la definición clásica de Ulpiano de “*dar a cada uno lo suyo*” y lo suyo remite nuevamente a la propiedad, ya que no se trata de ser iguales ante la ley para ir a un campo de concentración.

En realidad, el mencionado Tocqueville en *El antiguo régimen y la Revolución* escribe que allí donde el progreso moral y material es grande, la gente tiende a dar eso por sentado, lo cual constituye el momento fatal. El alarido de Hayek en el libro que comentamos muy telegráficamente aconseja a los partidarios de la libertad a mantenerse alerta, profundizar y difundir los argumentos correspondientes basados en ámbitos morales, jurídicos,

históricos y económicos que hacen de soporte a los beneficios del respeto recíproco. De allí es que los Padres Fundadores en Estados Unidos machacaban con que “*el precio de la libertad es su eterna vigilancia*”.

En este plano, resulta de gran relevancia la educación como un proceso abierto de prueba y error en un medio competitivo en busca de excelencia académica estimulando la actitud contestataria y desarrollando al máximo las potencialidades de cada uno como seres únicos e irrepetibles, alejado de toda imposición curricular del poder de turno y de toda manifestación de adoctrinamiento. Mucha razón asistía desde la vereda de enfrente al marxista Antonio Gramsci, que repetía aquello de “*tomen la cultura y la educación y el resto se da por añadidura*”. También resulta útil la enseñanza que apareció plasmada en los *graffiti* del mayo francés del 68: “*Seamos realistas, pidamos lo imposible*”, y de tanto reiterar sus ideas en todos los foros y lugares posibles, los socialismos terminan marcando la agenda, mientras algunos supuestos liberales se mantienen timoratos en “*lo políticamente correcto*” con lo que retroceden a pasos agigantados.

Tuve el privilegio de conocer a Hayek e invitarlo tres veces a pronunciar conferencias mientras fui rector de una institución de posgrado en Buenos Aires y tuvo la generosidad de prologar mi primer libro *Fundamentos de análisis económico* e invitarme a formar parte de la Mont Pelerin Society, de la que en dos oportunidades fui miembro de su Consejo Directivo.

Como ha apuntado Jorge Luis Borges citando a Alfonso Reyes “*dado que no hay tal cosa como un texto perfecto, si no publicamos nos pasaríamos la vida corrigiendo borradores*”. Todos evolucionamos y esto también va para el extraordinario Hayek, por ejemplo, en sus *Fundamentos de la libertad* enfatiza en que el manejo de la moneda es una función indelegable del gobierno, pero en 1976, en su célebre *La desnacionalización del dinero*, propone la privatización del medio de cambio y la eliminación de la llamada “*autoridad monetaria*”. Dicho sea, al pasar los banqueros centrales, por más que sean los más idóneos del planeta, están embretados en uno de tres caminos: a qué tasa emitir, contraer o dejar la masa monetaria inalterada, pues cualquiera de las tres posibilidades prostituye y desdibuja los precios relativos. Además, si se dijera que la autoridad monetaria tiene una gran percepción y hace lo que la gente hubiera decidido, la pregunta reside en para qué se metió si haría lo mismo que las personas prefieren con el consiguiente ahorro de honorarios.

Por otra parte, si se incurre en la falacia *ad populum* usando como argumento que por casi todos lados hay bancas centrales, es un razonamiento

que no nos hubiera permitido salir de las cuevas, el garrote y el taparrabos, pues el arco y la flecha resultaba algo novedoso y no probado. Lo mismo podemos decir sobre *Camino de servidumbre*, donde en dos oportunidades aparece una referencia muy ambigua y confusa sobre el *laissez-faire*, cuando en verdad los fisiócratas aclararon bien que se trata de dejar hacer a las actividades lícitas y no la apología del caos. Cuando en una oportunidad Hayek fue a mi casa de San Isidro en Buenos Aires a almorzar, ponderó que en el portón de entrada se leía *laissez-faire* y volvió a señalar, esta vez de viva voz, lo que había apuntado hacia poco sobre el verdadero significado de esa expresión tan cara a la tradición de pensamiento liberal.

Bajo mi computadora tengo un inmenso letrero que dice *nullius in verba*, que es el lema de la Royal Society de Londres, es decir, no hay palabras finales. Como nos ha enseñado Popper, el conocimiento es fruto de corroboraciones provisionales sujetas a refutaciones. El liberalismo está siempre en ebullición en busca de nuevos paradigmas.



Alejandro A. Chafuen junto a F. A. Hayek. Fuente: Archivo personal de Alejandro A. Chafuen.

CAMINO DE SERVIDUMBRE, UNA INSPIRACIÓN EN EL CAMINO A LA LIBERTAD

Alejandro Chafuen

Director y CEO del Acton Institute y PhD en Economía por el International College de California. Es un gran experto en economía, política y seguridad de Hispanoamérica. Ha publicado obras como *Raíces cristianas de la economía de libre mercado* (Madrid: El buey mudo, 2009).

Pocos intelectuales influyeron más en mi vida que F.A. Hayek (1899-1992). Su influencia en mi carrera profesional, sin embargo, terminó siendo más por su contribución como empresario intelectual que como filósofo político y economista. Como muchos de los liberales argentinos de mi generación (nací en 1954), conocí sus primeros

escritos a través de las publicaciones del Centro de Estudios Sobre la Libertad, CESL. El ensayo se llamaba *“Individualismo, Verdadero o Falso”*. El Centro de Estudios cogió forma a comienzos de los años 50, impulsado y luego dirigido por Alberto Benegas Lynch (1909-1999).

Compré mi primer ejemplar de *Camino de Servidumbre* en 1975. Hayek firmó mi copia el 22 de noviembre de 1977, durante su visita a Argentina. Pensé que tendría la oportunidad de estar con Hayek de nuevo en 1980. Él estaba programado para hablar junto a Milton Friedman en la sesión de cierre de la reunión de la Sociedad Mont Pelerin (MPS) en septiembre de ese año en la Hoover Institution de Stanford. Por desgracia, Hayek tuvo que cancelar en el último momento. Recientemente escribí un capítulo para el libro en honor a Jesús Huerta de Soto, en el mismo volumen donde escribió Javier Milei, describiendo el estado de opinión de los líderes del liberalismo en esos tiempos. En definitiva, perdí mi oportunidad de conocer a Hayek en persona. Pero, un año después, vino mi oportunidad.

Todavía recuerdo esa primera vez en la que lo escuché dar una conferencia importante: fue en el salón principal del clásico edificio de la antigua Bolsa de Comercio de Argentina. En *Camino de Servidumbre*, Hayek aceptaba la idea de que, bajo ciertas condiciones, una red de seguridad social, en temas de salud, educación y empleo, era compatible con una sociedad libre. Esa noche, en una sala colmada, y yo en la última fila, escuchaba su presentación. En ella, defendió el seguro de desempleo, en especial para quienes desempeñan ocupaciones de riesgo. Yo era muy “radical.” Además de algunas obras de Hayek, había estudiado todos los libros de Ludwig von Mises, mentor y colega de Hayek, a través de Hans Sennholz, un discípulo de Mises. Mis ideas eran más cercanas a las del anarcocapitalismo. La declaración de Hayek no me entusiasmó. Entregué una tarjeta con mi pregunta a los moderadores y, para mi sorpresa, la eligieron. Yo pregunté: *“Ludwig von Mises escribió que, en un mercado libre y sin trabas, las ocupaciones con mayores riesgos de desempleo ya obtienen una prima salarial, ¿no invalidaría eso la razón que usted afirmó?”* Me sorprendí aún más cuando Hayek respondió: *“como siempre, mi maestro tenía razón”*. A lo largo de mi vida he tenido el privilegio de conocer a muchos intelectuales importantes. La humildad intelectual rara vez es uno de sus rasgos. Hayek era diferente. Para él, un liberal debía ser intelectualmente humilde. Decidí aprender de su ejemplo y comencé a concentrarme en leer cada uno de los trabajos de Hayek que tenía a mi disposición.

En 1978, Alberto Benegas Lynch Jr., a quien Javier Milei llama *“El Prócer”*, creó la Escuela Superior de Educación y Administración de Empresas (ESEADE)

y un centro de investigación al que me incorporé cuando apenas llegué de estudiar de Estados Unidos. Fui becado a Estados Unidos por su padre. Juan Carlos Cachanosky (RIP) era otro miembro de nuestro equipo. Alberto Jr. tuvo la generosidad de invitarnos a pasar una tarde en su casa, y luego a una cena, con Hayek. Durante esa tarde, pudimos hacerle muchas preguntas a Hayek. Juan Carlos y yo publicamos nuestra conversación en la revista *Mercado*, en ese entonces era “*La*” revista de negocios en Argentina. Un año después, en 1982, la MPS se reunió en Berlín. Juan Carlos y yo coincidimos de nuevo con Hayek. Esta vez nuestra charla fue en el piso superior de un barco, navegando entre las aguas que separaban Berlín Occidental y Oriental.

Después de la reunión de la MPS en 1980, Leonard Read y Manuel Ayau me nominaron para ser miembro. Cuando contraí matrimonio en 1985, nos mudamos a California, donde mi esposa tenía una casa. Como, en ese entonces, los liberales no éramos muchos, y la Mont Pelerin era un grupo más selecto de lo que es hoy, era rutina obligatoria visitar a los miembros de la sociedad. Fue así como, entre otros, visité a Milton Friedman y a Antony Fisher. Ambos vivían en el mismo edificio, en el 1750 de Taylor Street, en San Francisco.

Antony, luego Sir Antony, me contó como se produjo su entrada al mundo de las ideas: fue a través de la versión resumida de *Camino de Servidumbre*. Una de las revistas de mayor circulación a mediados del siglo veinte era “*Selecciones del Reader’s Digest*”. La revista, del formato de un pequeño libro, contenía resúmenes de los mejores libros del momento. Antony Fisher leyó la admonición de Hayek de que Occidente, adoptando parte de las ideas del nacionalsocialismo y del socialismo, iba camino a la servidumbre. Fisher había sufrido en carne propia el impacto de la violencia totalitaria. Su padre murió al ser abatido por un francotirador mientras patrullaba en Gaza. Huérfano de padre, Antony y su hermano Basil tuvieron que cubrir el vacío con un espíritu emprendedor. Aprendieron a pilotar aviones y, cuando la amenaza nazi se acercaba a Inglaterra, se alistaron en la Real Fuerza Aérea. En agosto de 1940 Basil murió cuando su avión fue derribado durante la famosa Batalla de Inglaterra.

Antony, por su parte, empezó a tener éxito en la implementación de la cría de pollos y, queriendo hacer algo para frenar al socialismo, fue a ver a Hayek para preguntarle si debía usar sus crecientes ingresos empresariales para entrar en la política. Hayek fue muy directo: “*los políticos siguen a la opinión pública, y hoy la opinión pública solo escucha a los que defienden el intervencionismo económico. Mejor ayude a difundir buenas ideas económicas*”. Fue así como Fisher fundó el Institute of Economic Affairs y

contrató a Ralph Harris (luego “Lord” Harris), y a Arthur Seldon, para dirigir el *think tank*. El IEA, con sus estudios, ayudó a cambiar el rumbo de Gran Bretaña. El triunfo de Margaret Thatcher, quien reconoció la influencia del IEA, abrió las puertas para crear otros *think tanks* en Estados Unidos, Canadá y luego en muchos otros países. Fisher creó una fundación, en ese entonces llamada Atlas Economic Research Foundation, precursora pero distinta al Atlas Network de hoy, para seguir creando *think tanks* por todo el mundo. Tuve el privilegio de trabajar con él en ese esfuerzo desde 1985 hasta su muerte, y luego continué su tarea. Se puede decir con certeza que *Camino de Servidumbre* llevó a la creación de cientos de organizaciones dedicadas a la promoción y defensa de la sociedad libre.

Termino esta nota de homenaje resaltando algunas de las ideas en *Camino de Servidumbre* de especial importancia para estas primeras décadas del siglo XX.

El peligro de recetas simplistas: por más que Hayek entendía la razón por la que muchos de nosotros defendemos el liberalismo económico como un dogma, en este libro escribió: “*Probablemente, nada ha hecho tanto daño a la causa liberal como la rígida insistencia de algunos liberales en ciertas reglas rutinarias, sobre todo en el principio del laissez-faire*”. El apoyo que Hayek le dio a los centros de estudios públicos y de formación se explica porque Hayek entendía que “*La actitud del liberal hacia la sociedad es como la del jardinero que cultiva una planta, el cual, para crear las condiciones más favorables a su desarrollo, tiene que conocer cuanto le sea posible acerca de su estructura y sus funciones*”. Cuando intelectuales, centros de estudios, o partidos políticos, promueven reformas que van más allá del *laissez-faire*, muchos liberales se rasgan las vestiduras. Se comportan en forma ciega frente a problemas de la persona y la vida social que no se pueden medir con precios.

No todo se puede determinar por el cálculo económico: conectado con el punto anterior está la postura de Hayek de aceptar que una política de apoyo a los más necesitados y de acción en tiempos de desastres, puede ser consistente con los principios básicos de una sociedad libre. Hayek acepta que el Estado “*asista a los individuos cuando tratan de precaverse de aquellos azares comunes de la vida contra los cuales, por su incertidumbre, pocas personas están en condiciones de hacerlo por sí mismas*”. Hayek añade “*no hay incompatibilidad de principios entre una mayor seguridad, proporcionada de esta manera por el Estado [un amplio sistema de seguros sociales], y el mantenimiento de la libertad individual*”.

La destrucción del concepto de verdad: el capítulo once del libro se llama “*El fin de la verdad*”, lejos estaba de la mente de Hayek el mundo de hoy, donde los intereses de grandes empresas capitalistas hacen alianza con el estado para promover “*la versión oficial*” y peor, el lenguaje oficial. Llamar mujer a un varón, censurar a los que cuestionan la ciencia oficial y tantos otros abusos, pero lo que señaló Hayek sobre la propaganda totalitaria se aplica a la propaganda del nuevo relato único, aunque sea promovido por los expertos del *World Economic Forum*, las Naciones Unidas, o las grandes agencias internacionales. Estas políticas de control propagandístico “*son la destrucción de toda la moral social, porque minan uno de sus fundamentos: el sentido de la verdad y el respeto hacia ella*”. Cuando unos años después de escribir *Camino de Servidumbre* Hayek crea la Sociedad Mont Pelerin, promueve y acepta los estatutos que señalan que una de las causas del debilitamiento de las ideas de libertad era “*una visión de la historia que niega todo valor moral absoluto*”.

En estos últimos tiempos publiqué dos artículos sobre escritos de Hayek que amplían lo que escribió en *Camino de Servidumbre*. Uno es sobre su defensa de **la importancia de la religión y las tradiciones** para guiar y complementar lo que aprendemos con la razón; el otro, como pese a escribir que no era conservador, al definir sus ideas como similares a las de James Madison, **hoy sería catalogado como conservador**. Aunque su Premio Nobel llegó por sus contribuciones teóricas, su fama llegó por este libro que hoy celebramos. Como toda gran obra, cada vez que la leemos, dado los cambios en los conocimientos y condiciones del lector, y los cambios en la sociedad, encontramos nuevos puntos de interés. En este aniversario recomiendo a los lectores de estos ensayos que lean los trabajos de Hayek, estudien los autores que cita, si no conté mal, Lord Acton, este gran historiador católico, es el más mencionado. Ayúdenos a prevenir que caigamos en el camino de servidumbre y que elijamos el camino de la libertad.



F. A. Hayek impartiendo clase en la Londo School of Economics a finales de la década de 1940. Fotografía de Paul Popper. Fuente: Prospectmagazine.co.uk

CAMINO DE SERVIDUMBRE: HAYEK SE QUEDÓ CORTO

Por Gabriel J. Zanotti

Director académico del Instituto Acton Argentina y profesor de Filosofía en la Universidad Austral. También es profesor visitante en la Universidad Francisco Marroquín, autor de numerosos artículos académicos y de diversos libros como *Introducción a la Escuela Austriaca de Economía* (Madrid: Unión Editorial, 2012) o *Caminos abiertos: Un análisis filosófico de la historia de la epistemología de la economía* (Madrid: Unión Editorial, 2013)

Cuando Hayek se mudó a Chicago en 1950, ya había perdido, en cierto modo, su fama como economista. No fue recibido en el Departamento de Economía, sino en el Departamento de Estudios Sociales e Históricos de la Universidad de Chicago¹.

1 Ver Ebenstein, A.: *Hayek's Journey*, Palgrave, 2003; y del mismo autor, *Hayek's Biography*, Palgrave, 2001.

Veinte años antes el panorama era muy diferente. En 1931 expuso en la London School of Economics su teoría del ciclo, inspirada en la de Mises de 1912². Era la primera entrada de la Escuela Austríaca en ambientes angloparlantes. La teoría hayekiana (publicada como *Precios y producción*³) del ciclo logró hacer frente al principio de la Teoría General de Keynes, de 1936, pero las propuestas concretas de Hayek frente a la recesión -dejar que el mercado ajuste- estaban lejos de satisfacer los impulsos de control de los gobiernos. La teoría de Keynes se expandió como como reguero de pólvora y cuando, en 1941, Hayek publicó su *Teoría Pura del Capital*, ya era tarde.

Pero en 1945 Hayek vuelve con su famoso *Camino de Servidumbre*⁴ que incluso es elogiado por Keynes. El libro es una dura crítica al socialismo, pero, en especial, al Partido Laborista inglés, con cuyos intelectuales él ya había comenzado a debatir cuando defiende la imposibilidad de cálculo económico en el socialismo, siguiendo también al Mises del 22⁵.

Los precios son para Hayek una síntesis de conocimiento disperso⁶. De forma contraria a los modelos de competencia perfecta, Hayek dice que el punto de partida de la economía como ciencia es el conocimiento disperso de oferentes y demandantes⁷, “pero” la solución no es un conjunto aristocrático de planificadores, como quería Keynes, sino los precios. Los oferentes se pueden equivocar en sus estimaciones de la demanda de los consumidores, pero, si lo hacen, sus precios de venta caen por debajo de sus costos. Los que quedan en el mercado son, por lo tanto, los que saben leer los precios. Si el Estado toca esos precios, con la intención de ordenar el sistema, lo desordena, porque falsea la única señal que tenemos para salir del error: los precios libres.

Pero los gobiernos, claro, pueden seguir interviniendo. Si controla los precios de los bienes de consumo, los costos, esto es, los precios de los factores de producción van a ser más caros en relación a los precios de los bienes de consumo. Por ende, hay que controlar también los precios de los factores de producción. Hay que controlar la renta (control de alquileres);

2 Mises, L. von: *Theory of Money and Credit*, Liberty Fund, 1981.

3 Unión Editorial, Madrid, 1996.

4 Alianza Ed., 1976.

5 Mises, L. von: *Socialismo*; Instituto de Publicaciones Navales, 1968.

6 Hayek, L. von: “The Use of Knowledge in Society”, en *Individualism and Economic Order*, University of Chicago Press, 1980.

7 Hayek, L. von: “Economics and Knowledge”, en op.cit.

hay que guiar la producción agropecuaria (precios mínimos); hay que controlar el precio del trabajo (salarios mínimos) y hay que impedir que suba la tasa de interés mediante la expansión crediticia, precisamente lo que Hayek consideraba la primera fase del ciclo económico. Por supuesto, eso puede producir aumento de precios, pero Keynes ya había dicho que eso no era inflación si promovía el pleno empleo. La expansión monetaria para financiar el gasto también quedaba por ende canonizada. Y si los empresarios, finalmente, se resistían a tanto control, ¿por qué no estatizar sus empresas?

Una intervención, por ende, lleva a otra y, coherentemente, al socialismo. Esa era la argumentación de Hayek, ese es el “*camino de servidumbre*”. Porque, desde luego, también hay que controlar el mercado de educación, de salud, de seguridad social, pero ¿con qué contenidos? ¿Con qué agendas? Las del Estado, por supuesto. Y en ese caso, las libertades de enseñanza, de asociación, ¿dónde quedan? No quedan....

Durante mucho tiempo se pensó que el libro de Hayek era una predicción que no se cumplió, porque los estados intervencionistas de la posguerra, el llamado mundo libre, con sus economías mixtas, no habían devenido en socialismo ni en servidumbre.

El mismo error se produce con el libro “*El Socialismo*” de Mises. El economista austriaco no dice que el socialismo no va a funcionar. Dice que no funciona, en presente. Lo mismo con Hayek. Su libro no es una predicción. Es un análisis de lo que sucede, en tiempo presente, con las libertades individuales con un estado intervencionista. Pero, claro, nadie se da cuenta, porque la *percepción* de las libertades individuales era diferente en Hayek que en el resto de los intelectuales y de la población en general.

A partir de 1945, precisamente, con los derechos de segunda generación (derecho a la salud, a la educación, a la información, a la seguridad social, a la vivienda, etc.) las libertades individuales quedan en segundo plano y pierden importancia. *Ya no es cuestión de libertad de expresión, sino derecho a la información. Ya no es cuestión de libertad de enseñanza, sino derecho a la educación. Ya no hay derecho a la libre asociación, sino derecho a recibir seguridad social. ¿Y quién garantiza esos derechos? El Estado, claro. ¿Y con qué contenidos? Con los que el Estado diga, por supuesto.*

Al principio, claro, nadie se daba cuenta, porque esos contenidos “científicos” de la salud, la educación y la información, eran una ciencia newtoniana obligatoria que no molestaba a nadie. En Cuba se enseñaba marxismo,

pero en Estados Unidos, física. Todo correcto. Pero cuando en la muy sarmientina Argentina los libros de lectura comenzaron a ser “*La razón de mi vida*”, unos pocos se dieron cuenta de lo que estaba pasando: el Estado tenía todos los instrumentos jurídicos para convertirse en el Gran Hermano universal. Luego, claro, volvió “*Juvenilia*” y todos se olvidaron. Pero la OMS, la UNESCO, siguieron avanzando y no precisamente con la *Historia del Liberalismo Clásico*.

No era necesario un experimento. Era así. Pero, ¿querían un experimento? ¿Querían ver “la servidumbre” en plena acción? Bastó una directiva general de la OMS, en marzo del 2020, para que todo el mundo se convirtiera en la Unión Soviética. Pero no, no eran los tanques soviéticos entrando a Praga en agosto del 68. Fue toda la población pidiendo que vengan. La servidumbre denunciada por Hayek se había hecho carne cultural, circulaba por la sangre de los buenos vecinos que pedían la policía para el que caminaba por la calle.

El camino de servidumbre no sólo se había cumplido plenamente: se había quedado corto. Ya no era el Partido Laborista inglés. Attlee, Wilson, Callaghan, vuelvan. Hoy todos son Stalin, Mussolini, Hitler, Jrushchov, Brezhnev. Con un pequeño problema: se presentan como los liberales.

Eso sí que Hayek no lo vio.



Actividad subvencionada por el Ministerio de Cultura